



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:  
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 3 de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....,, 30

Núm. 9.

#### SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Por atun y ver al Duque, por Juan de Austria.—JUAN PALOMO á S. A. I. Alejo Alejandro, por Juan Palomo.—Frituras, por Juan de Juanes.—La casaca prieta, por Juan Soldado.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Anuncios.  
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

#### MENESTRA SEMANAL.



Imposible es hoy hablar de otra cosa que de la llegada y permanencia entre nosotros del Gran Duque Alejo de Rusia.

La gente está preocupada con este suceso, y duerme la política, duermen — hasta cierto punto — los negocios mercantiles, y duermen hasta los serenos de la ciudad.

No es posible otra cosa; con que así, hablemos del Príncipe.

Sí señor, llegó su alteza imperial con todo el aparato que requiere el argumento: guapote y campechano hasta la pared de enfrente.

No bien el Morro hizo la señal de que estaba á la vista la escuadra, se llenaron de gente los muelles y la Cortina de Valdés, y á poco rato, anda que andarás, se metieron por la boca del susodicho Morro, como merengue por boca de goloso, los tres buques que forman la expedición.

Dieron fondo y empezó el cañoneo.

—Buena pólvora gastan! exclamó la gente, y al poco rato ya todo el mundo sabía que S. A. no desembarcaría hasta la tarde siguiente.

Y desembarcó al fin.

—¡Qué guapo! dijeron todos al verle: y en la extensa carrera, desde el muelle de Caballería hasta la entrada de la calzada de la Infanta, que guarnecía una doble y prolongada fila de voluntarios, iba el eco repitiendo:

—¡Cáspita, qué guapo es!

Sí señor, el aspecto del Príncipe ha sido simpático á todo el mundo: su fisonomía llena de expresión y de nobleza, su elevada estatura, su distinción y su elegancia natural, predisponen en su favor.

Y luego, tiene patillas rubias....!

¡Ay, ay, ay! es decir, todo lo necesario para dar que sentir á una mujer de esas que se pirran por los buenos mozos.

Por eso algunas damas lo saludaban con los pañuelos, como diciéndole:

—Mírame y no me toques!

La recepcion ha sido espléndida y digna de la persona á quien se dispensaba, así como tambien del pueblo que la hacía.

¿Qué quieren ustedes más? El tiempo se muestra benévolo y nos concede unos dias serenos y brillantes.

El aire Sur se ha presentado, de motu propio, calentito y todo, para hacerle ver al Príncipe el rumbo que aquí gastamos, pues su padre, con ser el Emperador de Rusia, no podrá disfrutar á estas horas el calorcito que nosotros estamos disfrutando. ¡Qué ha de poder! Tenemos nosotros más agallas!

A todos nos ha parecido guapo el Príncipe.

Al Príncipe le hemos nosotros parecido guapos. ¡Claro está!

Y para que la satisfacción sea completa y no haya nada que turbe nuestra alegría en estos momentos de general expansion, Carlos Manuel de Céspedes ha publicado una ley perdonándonos la vida á todos.—¡Oh magnánimo corazón!

¿Qué más queremos?

La gente por ahí me aguijonea, diciéndome:

—Ahora pueden lucirse los periodistas: es preciso que averigüen ustedes lo que hace el Príncipe, lo que dice, lo que desea; es menester que sorprendan ustedes sus menores movimientos, para que satisfagan nuestra curiosidad.

Hace ocho dias no hubiera podido desempeñar mi cometido con acierto, porque me hallaba en una situación muy crítica: era yo un reo de muerte, un hombre condenado, y esto me causaba horror. Ahora, gracias á ese corazón generoso que el señor Carlos Manuel de Céspedes acaba de colocarse en el pecho, después de retocado, compuesto y pintado de nuevo, nada tengo que temer, porque estoy indultado, y con ánimo sereno, podré dedicarme á cumplir mi obligación.

Por eso he es.ablecido mi espionaje y me encuentro ya en el caso de dar curiosísimos pormenores, de esos que el público espera con mucha avidez.

El Príncipe come lo mismo que un simple mortal cualquiera (siempre que el simple mortal tenga que comer, se entiende), pero con la extraña particularidad de que, algunas veces, á medida que come, se le vá quitando la gana.

Duerme acostado, y cuando le pica un mosquito, se suele rascar. ¡Ha visto usted, hombre!

Pero lo más extraño es que á los mosquitos no les llama mosquitos, sino les dá un nombre muy raro, que yo no puedo ahora repetir, pero que es como llaman en Rusia á esos animalitos.

Y no sé más; pero creo que he averiguado bastante, eh?

¡Ah! sí, aún hay más; la otra noche, después de comer en la Quinta, se puso un sombrero hongo y salió de incógnito.

¿A dónde fué? Todo el mundo lo ignora; pero yo he logrado enterarme de pé á pá.

El Príncipe salió en busca de lo siguiente:

De una calle de la Habana que no tenga baches, polvo ó porquería.

De una mujer que no haya mentido nunca.

De un laborante que tenga vergüenza.

De un hombre político que, por lo ménos, no tenga deseos de ser empleado.

De alguna gracia y belleza en el jardincito que han construido en el patio de Palacio.

¿Y encontró algo de eso?

Dicen que S. A. se retiró desesperanzado.

¡Es natural! se empeñan en cosas imposibles....!

El banquete con que el Excmo. Sr. Conde de Valmaseda ha obsequiado al Príncipe Alejo, ha sido magnífico y digno de la esplendidez del noble anfitrión.

Los convidados salieron haciendo grandes elogios del banquete y de la distinción, finura y elevadas prendas del General Villate.

El Gran Duque se mostró muy satisfecho y agradecido durante la comida y después de ella; dirigiéndose por fin al teatro, donde dió golpe, como decirse suele.

Todas las miradas se fijaron en él: los hombres se levantaron, las mujeres sintieron no llevar más cascarilla, la orquesta tocó la marcha real, y hasta los coristas desafinaron.

¡Mire usted que es particular! sobre todo, cuando lo hacen tan á menudo.

Por lo demás, el noble carácter español se ha manifestado ahora como siempre; y el ilustre viajero sabrá apreciar el respeto, la consideración, el afecto con que este pueblo le recibe, y distingue al miembro de una familia que tiene en su genealogía nombres muy gloriosos.

Yo me alegro de que sucedan estas cosas, para confundir con pruebas fehacientes á los que nos calumnian.

Y desengañense ustedes, de buena tierra viene ahora el Duque Alejo para que no le hayan soplado al oído algo que nos sea desfavorable....!

Pero ¡ah! dejad que me conmueva y que me alegre.

Que me alegre de no ser Príncipe, porque la vida de Príncipe en la Habana es de lo peor que hay. Y no sólo en la Habana, sino en todas partes.

No bien se anuncia el viaje de uno de esos señores, se forman programas. Tal día hará esto, tal día lo otro: á tal hora saldrá, á tal otra comerá. ¡Cruelles!

Llega, y se apodera de él la comisión de obsequios: vá y viene, lo llevan y lo traen; sube y baja, se cumple el programa inexorablemente, sin darle una hora de respiro, sin que tenga voluntad propia. ¡Cruelles!

¡Oh! bendito sea Dios, que no me ha hecho príncipe.

JUAN PALOMO.



## POR ATUN Y VER AL DUQUE!

—Háganme ustedes el favor de no empujar; tan príncipe es para ustedes como para mí el ruso; tan ruso es para mí como para ustedes el príncipe; los mismos ojos tienen ustedes en la cara que yo....

—Nó, los mismos nó; perdónese usted: no gasto yo ojos alquilados.

—Quiero decir que son iguales y tan buenos los unos como los otros....

—Háganmelo ustedes bueno, grita un bizco.

—Señores, lo que yo deseo probar es que todos tenemos el mismo derecho, y no hay razón para que me estén empujando, estrujando y ultrajando.

—Que se calle ese acabado en *jando*!

—Hombre, estarse quietos, que no porque ustedes empujen ha de llegar el Príncipe antes.

—Pero, *don Fatigas*, que parece usted el señor de las apreturas, ¿se ha figurado usted que el Gran Duque Alejo ha venido á la Habana sólo por usted?

—¿Puede!

—An! no gasta el señor poca fantasía.

—Pero, hombre, lo que tarda! y yo que tenía que hacer!

—Pues nada, si se cree usted perjudicado con la tardanza, demande usted al Príncipe ante el Juez de Paz.

—Silencioooo! Con tanto hablar van ustedes á impedir que veamos bien.

—¿Usted vé por las orejas?

—Por donde puedo; ea, se acabó la conversación, y el que quiera impedirme que yo vea por donde me dá la gana, que venga acá y nos entenderemos.

—Me parece que se quiere usted suscribir á un bofetón....!

—Fuera! fuera! silencio....!

—Allí viene! allí viene!

—Quién, el bofetón?

—Nó, hombre, el Príncipe.

—Cuál es? enséñemelo usted, enséñemelo....

—Aquel del centro.... el alto....

—¿El que vá en mangas de camisa?

—Nó, hombre, el de más acá.

—¿El del chaquetón azul con un remiendo amarillo?

—No sea usted bruto: aquel que enciende ahora un tabaco.

—¿Cuál si aquel es el suegro de mi tía Pancha.

—Está usted seguro?

—Toma, y tan seguro; como que me debe dos onzas y media!....

—Como lo veía tan feo y con esa nariz tan rara que no acabo de entenderla, creí que estaba en ruso.

—Diga usted; cómo es eso de llamar feo al suegro de mi tía? no consiento que le insulte usted.

—Hombre, yo no insulto á nadie, pero su tía de usted, por el mismo dinero, pudo elegir otro suegro más aceptable.

—El aceptable será usted! desvergonzado!

—Pim! pam!

—Ya dije yo que alguno se suscribía á recibir bofetadas.

—¿Cuidado no se encargue usted de cobrar todas las suscripciones!

—Silencioooo!.... ¡canario! que no veo, si hablan ustedes tan alto!

—No empezar; que ni por todos los rusos del mundo deo yo que me presen!....

—Pues paciencia, que el tiempo no dá de sí más que apreturas.

—Ahora sí que es él!.... allí viene....

—A ver, á ver!

—Cuidado no se vayan ustedes á equivocar y sea el suegro de la tía del señor.

—Pero, hombre, si el señor no tiene cara de haber tenido tía en toda su vida.

—¿Atrevido! deslenguado!

—Pim! pam!

—Siguen aumentando las suscripciones....!

—Y creo que usted las vá á recoger todas....

—Mírelo usted, mírelo usted ahora.

—Señores, estarse quietos: todos lo podremos ver desde nuestros sitios, porque es muy alto.

—Dicen que tiene seis pies.

—Mentira! yo no le veo más que dos.

—Llevará los demás en la maleta.

—¿Vaya, hombre, que tienen ustedes unas cosas!

—Silencioooo! que no me dejan ver si es rubio ó trigueño.

—Ahora lo puede usted ver bien.... ¡Caramba, qué mirada echó al balcon aquel! Se conoce que le gustan las chicas guapas.

—Aquella, aquella es la que le llamó la atención.

—Nó, señor; la otra de vestido verde.

—Pues se la habrá llamado por lo fea, porque parece un leopardo.

—Caballero, esa es mi hermana y la está usted insultando,

—Compadre, tiene usted mal gusto para las hermanas.

—¿Pim! pom!

—Nó, hombre, si no es esa: la que el príncipe ha mirado es aquella otra de los ojos azules.

—¡Justamente! aún se está ella reconcomiendo de gusto: mire usted, mire usted cómo saca más la cabeza para hacerse visible.

—¿Si las mujeres son más coquetas!

—Oiga usted, atrevido; aquella es mi mujer y no consiento.... ¡Pim! ¡pom! ¡pam!

—Llueven bofetones....! Cuando yo digo que la suscripción vá en aumento....!

—Señores, aquí no se puede hablar una palabra! los que tengan hermanas feas y mujeres coquetas que no vengan á estas cosas. ¡Pues no faltaba más!

—Me parece que no hay ninguna ley que prohíba á los casados ver á los príncipes rusos. Al ménos en la epístola de San Pablo no se dice una palabra sobre el particular.

—Pero á este príncipe es diferente, porque es muy hábil en la caza de los osos.

—¿Eso es una indirecta?

—Nó señor; eso es hablarle á usted de sus semejantes.

—Creí; porque yo no tolero ataques embozados.

—No se emboce usted ahora, hombre, que hace mucho calor.

—Silencio! que no dejan ustedes saludar á S. A.

—Mírelo usted ahora de frente.

—Es muy guapo.

—La cara de su madre.

—Anda! pues cómo se las compone su madre sin cara mientras el chico vuelve á San Petersburgo?

—El que sea bruto que levante el dedo.

—Ya pasa, quitarse los sombreros.

—Chin.... chin.... tachinchin (música).

—Adios! adios!

—Estoy viendo que lo mismo se sienta en los coches la gente en Rusia que aquí.

—Pero es porque usted les dá permiso para ello.

—El diantre del hombre!

—Caballeros, hasta la otra!

JUAN DE AUSTRIA.

## FRITURAS.

Hablemos un poco del Príncipe ruso.

Hace cuatro días que es el tema de la conversación de la Habana.

Supongo que le habrán visto ustedes?... Magnífica figura ¿no es cierto? Veo con placer que la raza de Romanoff no degenera, al ménos físicamente.

Y á propósito; me han contado que en una de las excursiones de caza que el príncipe Alexis hizo en el Norte, se encontró sólo frente á un establecimiento que era, como si dijéramos, una bodega de campo.

El príncipe tenía apetito como si fuera un simple mortal; entró pues en la casa y pidió un par de huevos fritos. Terminado el frugal almuerzo pidió la cuenta.

¿Cuál fué su asombro al ver que le cobraban cuarenta pesos!.... á veinte pesos por huevo, nada ménos!

Al ver aquella exorbitancia se volvió al dueño de la casa y le dijo:

—Sabe V., amigo, que los huevos deben andar escasos por aquí.

—Cá, no señor, dijo el hombre sonriéndose; los que andan muy escasos por aquí son.... los príncipes.

Y vamos á otra cosa.

Sabrán Vds. que el seis es la gran corrida de toros.

Iré por ver la impresion que le hace á S. A. ese espectáculo que llamamos nacional.

Dicen que los toros son buenos, que los caballos tambien; pero ¿y lo demás? He ahí lo importante de la cuestion; porque si todo se reduce á ver morir caballos, vale más que no se molesten.

Allá vá una candidez de un hijo de los campos, ó llámese *guagiro*, si ustedes quieren.

Se sentó con mucha gravedad en uno de los cafés más concurridos y pidió una taza de café con leche.

Trajéronsele, y preguntó cuánto valía todo.

—Un medio, dijo el mozo.

—Hombre, no es caro; ¡qué caro! es de valde.

Y después de haberse tragado el contenido, se metió muy tranquilamente en el bolsillo la taza, el plato y la cucharilla.

Ustedes lo creerán si quieren, pero costó un trabajo impropio el convencerle de que los efectos no entraban en aquel precio y que el líquido sólo es lo que costaba un medio.

Hay gentes muy testarudas.

Vaya un ejemplo de tios crueles.

Un sobrino que debía algunos picos, suplicaba á su tío que le pagara algunas cuentas atrasadas, por las cuales le molestaban extraordinariamente el sastre, el zapatero y otros bípedos implumes nacidos para la desesperacion del hombre.

—Tío, decía el sobrino, págueme V. estas deudas y le juro á V. que no vuelvo á contraer otras.

—Nó, hombre, nó! respondió el tío; prefiero no pagar estas, y así estoy tranquilo y seguro de que no volverás á tener otras, porque nadie querrá fiarte.

Leo en un periódico inglés:

—¿Cómo se pueden distinguir un francés, un inglés y un ruso bebiendo cerveza?

—Se ponen delante de los tres, tres vasos de cerveza y una mosca en cada uno de ellos.

El francés tira la cerveza con la mosca, el inglés quita la mosca y bebe la cerveza, el ruso se traga la cerveza y la mosca.

A propósito! ahora que viene el príncipe podrá observarse si es verdad eso.

No por él, nó.... pero alguno de la comitiva...

¿Ustedes han oído hablar alguna vez de los singulares deseos á que están sugetas las señoras en estado interesante? Es probable, es seguro, diré mejor. Pero apuesto la mitad del sueldo de un ministro de la república de Céspedes, á que nunca han oído nada semejante al capricho que voy á relatar.

Mi amigo R.... está casado con una linda Julia y esperando por momento el fruto de bendición.

Inútil es referir á Vds. cuantos mimos, cuantos cuidados rodean á la interesante esposa:

R.... pasa todo el día pendiente de los ojos y de los labios de su consorte.

Pero la linda Julia está triste. Sus miradas expresan vagamente que quiere algo, pero que ese algo no puede decirse.

En vano R.... la asedia con protestas de cariño y con súplicas capaces de ablandar á un usurero.

—Por Dios, esposa mia, dime lo que deseas!

—No, sino puede ser, contesta la linda Julia haciendo dengues.

—Mira que estoy decidido á concederte cuanto me pidas. Te diré lo que un galán á cierta dama:

Si es posible ya está hecho,  
si es imposible se hará.

—Es que.... pero.... nó.... nó, si no es posible.

—Pero ¿qué es?

—Es un capricho tan raro que... vaya, no lo digo.

—Oh, Julia mia! no me hagas sufrir! mira que el amor lo puede todo! Dime lo que quieres.

—Qué!.... Si es una cosa que.... vamos, imposible.

—Para mí no hay imposibles, dímelo.

—Pero ¿qué dirás?.... Si es un deseo tan extraño....

—Pero ¿cuál, cuál?

—Quedarme viuda.

No sé la cara que pondría el marido al oír ese inocente capricho de la linda Julia.

La escena pasa en un carro del ferro-carril urbano.

Un pasajero saca una carta y se pone á leer; pero, como hay hombres tan susceptibles, se le metió en la cabeza que su desconocido compañero de al lado se estaba enterando tambien del contenido de la carta.

—Caballero, eso es una falta de educacion, es una porquería estar leyendo este papel al mismo tiempo que yo.

—Falta usted á la verdad, responde el otro; yo no leo su carta de usted, y además, aunque la leyera, de nada me serviría; está en inglés.

Un inglés que recorría la Andalucía para estudiar las costumbres de ese pueblo, escribía á un amigo suyo:

—Como habia oído decir que los andaluces se divierten *pelando la pava*, mandé á mi criado que me trajera una de la plaza. Me entretuve en pelarla toda; pero te aseguro que no me he divertido."

JUAN DE JUANES.



## LA CASACA PRIETA.

Dejémonos de etimologías y orígenes de la prenda que en lenguaje culto, si ménos castellano, se llama frac, que á nadie debe importarle de dónde viene decirle así ó de la otra manera á la chaqueta con colas, que convierte á un hombre en personaje importante, máxime si vá acompañada de la corbata blanca ó collarín diplomático.

La *casaca prieta* que os presento, es una y determinada, que hará gran papel estos días, que lo ha hecho en muchos otros, y sabe Dios los que le quedan de hacerlo; la *casaca prieta* de mi vecino don Bartolomé Traspuntin.

Describiré primero al dueño de la casaca, que esto nos servirá mucho para fijar las ideas.

Don Bartolomé tiene cincuenta años, es decir, veinte más que su casaca, y felizmente para los dos, ha crecido y engordado muy poco desde que tuvieron la dicha de reunirse por primera vez: nunca hubo necesidad de embeberle las costuras, ni de echarle cuchillos—á la casaca, no á don Bartolomé,—así es que, salvo el pelo que ambos han perdido, y alguna pequeña reforma sufrida por la casaca, ambos siguen sin novedad, para servir á Dios y á ustedes.

Hecha esta digresion y presentada ya la casaca, dejémosla hablar á ella misma, para que nada pierda de verdad su relato al transmitirlo por mi conducto.

Oigámosla, pues:

Nací en la antigua Habana, en los talleres del célebre maestro sastre Reilling, situados en la calle de O'Reilly, por los años de mil ochocientos cuarenta; fuí construida de rico paño de Sedan, ese mismo Sedan donde treinta años después e han cortado los prusianos al tercer Napoleón los faldones de su imperial casaca, dejándosela más mocha que chaqueta de torero. ¡Qué cosas, Señor, qué cosas!

Excuso deciros el primer servicio que presté á mi amo, porque lo habreis adivinado: el negocio era de *casaca*. Don Bartolomé, en lo más florido de su juventud, entregaba su mano á la señorita Caralampia de Borreguillo, joven de grandes dotes y un potrero de treinta caballerías de tierra.

Antes de ir á la iglesia, fuí cuidadosamente tratada; la más pequeña arruga de mi semblante era estirada por mano maestra, y mis solapas se abrieron y cerraron frente á un espejo como catorce veces para ver de qué manera sentaban mejor.... pero después de la ceremonia y de un bailecito en que cogí bastante polvo, me arrojaron sobre una silla, donde pasé una noche de perros.

Al día siguiente fuí encerrada en un escaparate, permaneciendo en aquel retiro una buena temporada. Cuando me sacaron de allí había grande estrépito en la casa: todo lo que pude averiguar fué, que la señora había estado enferma, que don Bartolomé tuvo la culpa de su enfermedad y que nos preparábamos para ir á la iglesia. En esto oí los lamentos de un recién nacido y caí en la cuenta: estábamos de bautismo.

De esta segunda campaña saqué una mancha de almívar en la solapa derecha y más polvo que en la anterior sobre mis costillas, tornando á mi encierro cansada de tanto trágico.

Corrieron los años y yo corrí varias veces en un quitrín hacia el Cementerio; asistí á otros casamientos y bautismos en que no era don Bartolomé el beneficiado, pero no siempre fuí con él, porque tuvo la debilidad de prestarme, y ya por ser más delgado ó más grueso el individuo á quien vestía, me ví ya llena de arrugas, ya próxima á estallar por las costuras, que no todas son flaquezas humanas.

Mis formas fueron tomando cierto aire de antigüedad que no me sentaba bien, pero me consolaba mirando á mi dueño, que también se iba anticuando: asistimos á un gran baile de Palacio y quedé avergonzada de no llevar una miserable cinta en la solapa izquierda, donde habían solapas que parecían calvarios. También mi amo lo debió notar, pues á otra salida que hicimos, un Jueves Santo, ostentaba en uno de mis ojales la tan deseada cinta.

Cada día que pasaba por mí aumentaba la altura de mi cuello en figura de collarín, y mis solapas puniagudas amenazaban las orejas de don Bartolomé; iba estando *infumable* y debía asistir á una solemnidad, cuyo objeto tenía algunos puntos de contacto con mi situación: á la ciudad de la Habana le sobaban las murallas, como á mí una parte del cuello y de las solapas, y ocho días antes de que la piqueta, movida por mano ilustre, diera el primer golpe sobre aquellas, en señal de derribo, la tijera de un sastre de baja esfera me dió unos cuantos mandobles, dejándome en posición de alternar con mis semejantes en la solemne ceremonia.

Donde no cabe reforma posible es en mis faldones. Don Bartolomé ha consultado con los principales facultativos de aguja de la Habana, con Schwartz, Gelada, Pers, Gurrís, y otros varios de su fama, y todos han convenido en que morirá con mi cola de pichón; esto me tiene inconsolable.

Y debo salir estos días y ponerme á la vista del Príncipe Alejo en los festejos que dedica la Habana al huésped imperial. Estoy por largarme de casa y darle un camelo á mi dueño, antes que sufrir la chacota de mis compañeras. Para alivio de penas, noches pasadas Domingo, el criado de mano de don Bartolomé, á hartadillas me sacó del escaparate y me llevó al baile que en Albisu se daba para personas de color; los sudores del etiope se han señalado en varias partes de mi cuerpo, y una gran mancha de grasa, producto de un plato

de vaca frita que se cenó, me ha condecorado la solapa en que no se ponen cintas, sin duda para la simetría.

¡Bonito vá á ponerse don Bartolomé cuando me vea! ¡Ojalá me arroje á la basura!

Triste fin que espero en pago de mis servicios, pero que lo prefiero á la mofa de las *casacas prietas* del último figurín. He dicho.

JUAN SOLDADO.

## CUENTOS DE MANIGUA.

## CUENTO CUARTO.

## LAS DOS BARAJAS.

## XLVI.

Estábamos á mediados de Febrero de 1869. La situación de Puerto Príncipe no podía ser más desesperada, pues carecíamos de lo necesario para vivir, y sin la resolución heroica que habíamos tomado de perecer entre las ruinas de la ciudad antes de entregarnos, ya se hubieran apoderado de ella los rebeldes; pero, felizmente, no les sobraba el valor que era preciso desarrollar para vencernos. El día 23 aparecieron en el barrio de la Caridad dos infelices peninsulares que habían podido escapar de las garras de los insurgentes, que los habían tenido prisioneros, maltratándolos sin piedad; estos individuos dijeron al gobernador que estando en Cubitas trabajando, habían llegado los libertadores de Cuba, espantados, dando la noticia de que se acercaba tropa española que había desembarcado en la Guanaja. La noticia produjo en nosotros el efecto consiguiente, deseando que se confirmara.

Y se confirmó, pues dos días después, la población entera salió á recibir, con las mayores demostraciones de júbilo, á una columna que entraba triunfante, mandada por el bravo brigadier Lesca; los batallones del Rey y de la Union, un puñado de ingenieros, una seccion de caballería y dos piezas de montaña habían acometido la empresa de pasar por las fragosas sierras de Cubitas, defendidas por todo el grueso de los rebeldes del departamento Central, que de antemano se habían preparado con formidables trincheras, cortaduras de terrenos, peñascos y árboles atravesados. Imposible parece que tal hazaña tuviera feliz resultado; pero la tuvo, gracias al arrojo de nuestros soldados y á la serenidad del jefe que los mandaba: alguna sangre nos costó, pero no hay triunfo que no se señale con el martirio de los buenos.

El valerosísimo *Don Quijote del Camagüey*, que así puede llamarse al figuron Manuel Quesada, había ofrecido romper su tizona si los españoles pasaban de Nuevitas á Puerto Príncipe; y pasaron; pero la historia disculpará la bravata del baratero, porque un oportunísimo sarampión le impidió dirigir el combate en las sierras. ¡Oh! ¡si Quesada no hubiese estado ausente!.... ¡oh! ¡entonces!.... entonces los españoles hubieran pasado por Cubitas del mismo modo, y él no hubiera roto su espada por tener el convencimiento de que rota era tan inútil como entera. Los sucesos posteriores han probado la verdad de este aserto, que nadie ignora hoy en la Isla de Cuba.

El espíritu público se había levantado en la ciudad, y ya no abrigábamos el temor de morir de hambre, pues contando con tropas, se podían mandar columnitas para buscar víveres á Santa-Cruz; el nuevo gobernador se ocupaba con todo celo en tranquilizar los ánimos y tomar medidas favorables.

Algunos días después de la llegada del brigadier Lesca, entré en el cuarto del alférez Pacheco para decirle:

—Amigo mío, mañana sale una columna para Santa-Cruz, y voy á la Habana á llevar pliegos del Comandante general.

—¿Volverá usted pronto?

—No volveré; estoy dado de baja para el servicio, y desde la Habana, cumplida mi comision, me dirigiré á Cienfuegos á reunirme con mi familia para atender á mi completo restablecimiento; he dado á la patria mi sangre, y como he quedado inútil, regreso á mis lares á pedir á Dios el triunfo de nuestra causa.

—¿Qué vá á ser de mí sin la compañía de tan buen amigo? me preguntó Félix conmovido.

—También echaré á usted mucho de ménos, mi querido compañero; pero aquí nada hago ya, y mi pobre Carolina debe estar desolada, sin siquiera saber de mí.

—Pues entonces aquí sobra otro, porque yo soy ménos útil que usted, y también estoy dado de baja.

—¿Quiere usted venir á la Habana?

—Sí, amigo mío; voy á pedir mi pase á España, donde mi buena madre me aguarda impaciente, como á V. su Carolina.

—¿Se atreverá usted á dejar el Camagüey?

—Dejo aquí muchos recuerdos, y lo que es peor, una pier-

na; pero ya no tiene remedio.

—¿V Adelina?

El alférez se echó á reír.

—¡Hola! exclamé: ¿consiguió usted borrar aquella impresion?

—¿Cuánto me alegro!

El alférez se rió con más fuerza.

—¿De qué se rie usted, Pacheco?

—De la inocencia de usted.

—De mi inocencia?

—Claro está.

—Pues ahora lo entiendo ménos. Adelina....

—Adelina, mi querido amigo, irá donde vaya yo.

—¿A España también?

—Al fin del mundo.

—¿Cómo es eso? ¿Tan adelantado está el asunto?

—¿Quiere usted convencerse?

—Sí.

—Pues coja usted el sombrero y venga á casa de Adelina.

—¿Y la tuerta?

—La tuerta es un maniquí; no vé ya más que por mis ojos.

—Es decir que le ha cerrado usted el que le sobraba?

—Cabal.

—¿Qué transformacion!

Adelina nos recibió con la sonrisa en los labios y dirigiendo al alférez una de esas miradas que no dejan duda del estado de una pasion. El jóven, con otra sonrisa igual, le dijo:

—Adelina, vengo á despedirme de tí.

—¿A despedirte? exclamó ella clavándole los ojos con expresion de duda y de temor.

—Sí; porque mañana mi amigo don Juan y yo salimos para la Habana.

—¿Y yo? preguntó la jóven con firme decision.

—¿Tú?.... Tú resolverás.

—¡Yo me voy también!

—Tenemos que llegar por tierra hasta Santa-Cruz, en columna, y hay peligros....

—El mayor de los peligros es quedarme donde tú no estés, Félix.

—Gracias, Adelina! dijo él estrechándole una mano entre las suyas.

—Además, continuó ella, este caballero sabe que ya estamos probadas en las contrariedades de un viaje, y que no tenemos miedo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre sueña con la idea de dejar este suelo, donde tanto ha sufrido.

—Entonces no hablemos más. Ya lo ha oído usted, añadió volviéndose á mí; es preciso preparar caballos para mañana.

Y al día siguiente, cuando la columna mandada por el coronel Goyeneche se ponía en marcha para Santa-Cruz, salíamos de Puerto-Príncipe, Adelina y su madre, el alférez Pacheco y yo.

El viaje fué penoso y con funcioncitas de pólvora, pero llegamos sin novedad al puerto de Santa-Cruz, donde nos embarcamos para la Habana.

## XLVII.

Cuando pusimos el pié en el muelle de la Habana, el corazón me latía con violencia, pues me consideraba ya cerca de mi familia; dos horas después, recibí un telégrama de Cienfuegos en que mi Carolina me anunciaba, con regocijo, que mis hijos estaban buenos y me aguardaban impacientes.

Pacheco y Adelina se amaban con delirio; ella había conseguido fijar aquel hombre, cuya veleidad han podido conocer mis lectores por la relacion que él mismo me habia hecho en el hospital de Puerto-Príncipe y por los sucesos posteriores; pero la leccion había sido dura, y se hallaba curado de aquella enfermedad del alma, que así puede llamarse, producida por su demasiada imaginacion.

A los pocos días, habia gran movimiento en el Hotel de San Carlos, donde parábamos, y todo anunciaba que salía aquella tarde un vapor-correo para España; en el comedor ví al alférez Pacheco, muy ocupado en enviar á bordo sus maletas, y le dije con expresion de profundo sentimiento.

—Ahora vá de veras; ¡quién sabe si volveremos á vernos!

—Le llevo á usted en el corazón, amigo don Juan.

—¿Y Adelina?

—Vá conmigo. En Cádiz nos aguarda mi buena madre, á quien la presentaré, para que nos dé su bendicion. Esa pobre niña será feliz á mi lado.

—¿V las gaditanas? le pregunté sonriéndome.

—¡Ah! ¡no! Voy resuelto á no pensar más que en el cuadro de ventura que me rodea.

—¡Dios quiera!.... ¿Y la tuerta?

—Se ha vuelto sordo-muda, y á nada se opone; su mayor deseo es salir de la isla de Cuba, donde ha sufrido tanto.

—Cuando se vea tranquila en España, sacaré las uñas.

—¡Cá! allí no le temo.

El alférez calló, porque vió salir de su cuarto á Adelina y á su madre, vestidas de viaje.

Nos pusimos en marcha, y pisamos la cubierta del vapor *Comillas*, donde estreché con efusion entre mis brazos á Pacheco, al valiente jóven mutilado por la patria; nuestras lágrimas se mezclaron, y no pudimos dirigirnos la palabra, porque estábamos muy conmovidos; pero en silencio nos ofrecimos mutuamente conservar siempre la memoria de aquella buena amistad que habia nacido en un hospital.

Apreté las manos á Adelina y á su madre, deseándoles un viaje feliz, y desde el muelle les dí mi último adiós.

El estampido del cañon me avisó que el vapor desembocaba por el Morro, y me volví triste á la fonda, evocando recuerdos que vivirán en mi corazón, porque son páginas de una historia dolorosa.

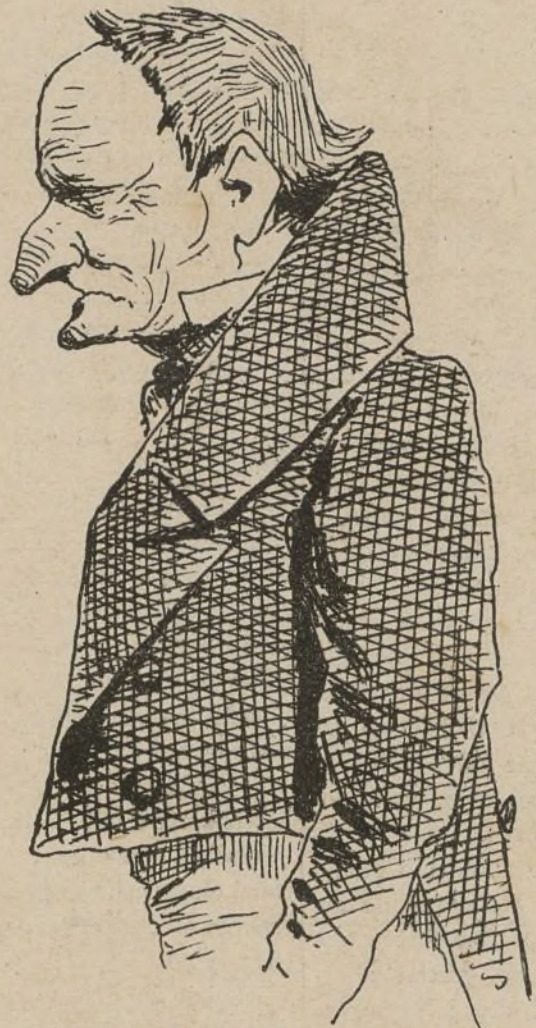
Y me entretuve en hacer la maleta para emprender también mi viaje. A los dos días llegué á Cienfuegos, y caí en los brazos de mi Carolina y de mis hijos. Ese momento me hizo olvidar los sufrimientos físicos de mi herida y los sufrimientos morales de Puerto-Príncipe.

(Concluirá.)

JUAN SIN-TIERRA.



EXHIBICION DE CASACAS CON MOTIVO DE LA LLEGADA DEL PRINCIPE.



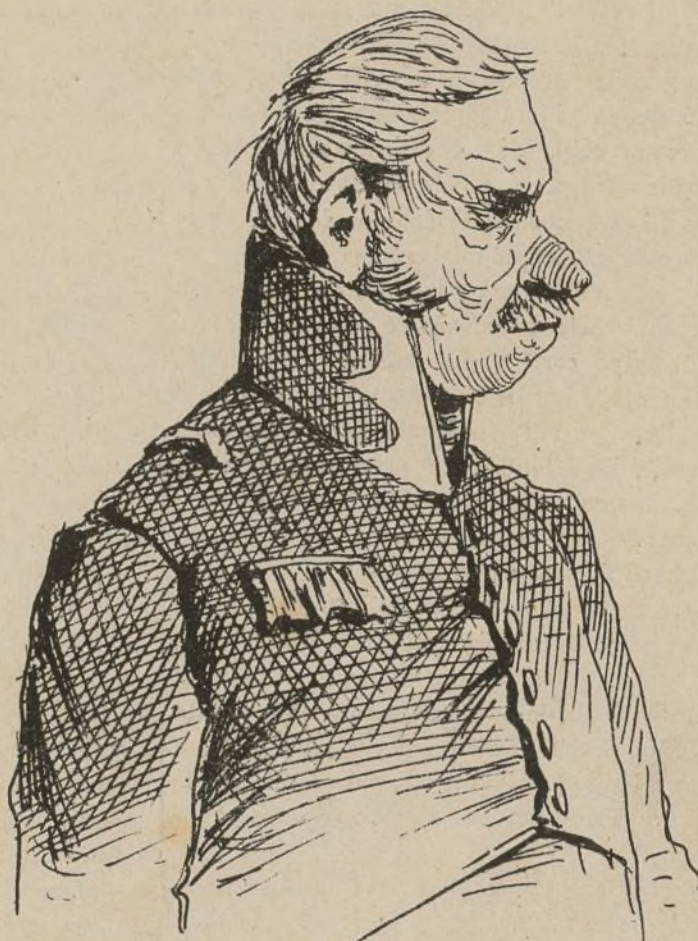
La casaca de los buenos tiempos.



La que se hizo cuando la difunta señora marquesa dió el gran convite.



Ultimos restos del ingenio de mamita.



Presenció la jura de la Constitución del año 12.



A dos pesos por onza con la llegada de S. A.



Herencia de papá.





Esperando una casaca.



Exhibición de muestras de azúcar por la llegada del Príncipe.



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 22 DE FEBRERO.

¡Qué cosas tiene Céspedes!

¡Pues no se le ocurre expedir un decreto y una circular, en los que dá por sentado que la República de Cuba tiene enemigos y que esos enemigos son cubanos, cuando precisamente todos los esfuerzos de los laborantes se han dirigido á probar á la faz del mundo: 1º, que no había ni un cubano entre los enemigos de la República de Cuba; y 2º, que á la República de Cuba ya no le quedaba ningún enemigo!

De todos modos, preciso es convenir en que pocos hombres ganan en punto á generosidad al Ejecutivo de Cuba libre.

Porque eso de conceder indulto á todos los cubanos que hayan servido al gobierno español y se pasen á las filas insurrectas, es un acto de magnanimidad que no tiene ejemplo en la historia, en la novela y en la mitología.

Capaz es Céspedes, si le apuran, de decretar que á los tales arrepentidos se les asigne una dotación y se les dé además un empleo en las oficinas del gobierno.

Después de la generosidad, lo que más me encanta á mí es la retórica de Céspedes.

"Los principios de civilización que sirven de base al gobierno republicano establecido por la Revolución [se advierte que no se refiere al periódico] en la Isla...."

Ah! con que la base del gobierno de Manolito Yervas son los principios de civilización?

Quiere decir, que el gobierno de Céspedes está sentado sobre los principios.... ¿Qué demonche de taburete será ese? Puede que sea aquel asiento de que nos habló el *Times*: la silla de montar de Manolito.

"Sordo el gobierno enemigo [¿qué quiere usted esperar de un gobierno sordo?] á las excitaciones que se le han dirigido para regularizar la guerra ó despojarla al menos de algunos de los horrores que le ha asociado...."

Esto es. Lo que debía hacer el gobierno español es regularizar la guerra y despojarla de algunos de sus horrores.

Por ejemplo: expedir un decreto como este:

*Artículo 1º*—Todas las batallas se darán por la mañana, de 9 á 12, inmediatamente después del desayuno. A las doce comerán los combatientes y luego descansarán hasta las dos. Terminada la siesta, se renovará la batalla, que principiará á las dos y media en punto y durará hasta las seis. A esta hora se repartirá el rancho y habrá un rato de asneto. A las siete de la tarde se darán las escaramuzas, que no podrán durar más de dos horas. A las nueve los combatientes rezarán el rosario y se irán á acostar.

*Artículo 2º*—Queda prohibido el cargar los fusiles con balas de plomo ó de acero, á fin de evitar los horrores que pueden causar en el enemigo. Las balas de las carabinas deberán ser de corcho, algodón ó gutta percha, y los cañones se cargarán con quesos de Holanda y se usará pan del día para tacos.

*Artículo 3º*—Cada vez que vaya á hacerse un disparo de artillería se tocará un aviso para que el enemigo se aparte y deje pasar los panes y quesos.

*Artículo 4º*—Se procurará que las municiones de artillería sean de la mejor calidad, para que no produzcan indigestión al enemigo.

*Artículo 5º*—Queda prohibido el uso de las bombas y granadas. Los morteros se cargarán con botellas de champaña ó de cerveza, y los artilleros cuidarán de arreglar la puntería de modo que vayan á caer al mismo punto donde caigan los panes y quesos, á fin de evitar al enemigo el trabajo de recogerlos y juntando los proyectiles.

*Artículo 6º*—Queda prohibido el uso de las bayonetas y armas blancas, y se sustituirán con plumeros, fuelles y mangas de agua, con los cuales cada sábado se le quitará el polvo al enemigo, se le regará y se le dará aire.

*Artículo 7º*—Todos los prisioneros que se hagan deberán ser tratados con las mismas consideraciones y gozarán de los mismos privilegios que el oficial de mayor graduación del cuerpo que los haya aprehendido.

*Artículo 8º*—Tendrá pena de muerte cualquier soldado que cause la menor herida, lesión, rasguño ó contusión al enemigo; no permitiéndose otras hostilidades que besos, abrazos y toda clase de caricias.

*Artículo 9º*—No se ocupará ningún campamento ni posición del enemigo sin pedirle antes permiso, y en caso de rehusarlo, se desistirá del proyecto.

*Artículo 10.*—Todos los planes de campaña se someterán al enemigo para ver si merecen su aprobación.

*Artículo 11.*—Si por casualidad cayese prisionero el Presidente de la República de Cuba, se le dará café para almorzar y morcilla para comer.

*Artículo último.*—La guerra terminará cuando así lo decidan ambos combatientes, de comun acuerdo.

Esto es lo que se llamaría hacer la guerra según los preceptos de la civilización, y á mí me extraña que el gobierno de España ande tan recio en adoptar este sistema.

Francamente, le sobra la razón á Carlos Manuel Céspedes. Pero donde no la tiene es donde dice que la independencia de Cuba entra en el quinto año.

Poco á poco, eso sí que no puede permitirse.

Verdad es que ese error en nada altera la asistencia, estabilidad firmeza de la tal independencia; pero la historia es la historia, y no está bien que al Presidente de toda una República pueda echársele en cara una mentira.

La independencia de Cuba data, según la opinión de los más célebres geólogos, desde una composición cósmica, una especie de revolución, infinitamente más poderosa que la de Yara, que la separó del continente americano.

Y de eso puede que haya 5,000 años.

Ya vé usted, señor Wamba II, que se le han olvidado tres cerros.

¡Es poca cosa!

JOHN BULL

## CARTAS TEATRALES.

## DECIMA SEXTA.

SR. D. JUAN ELO.—MADRID.—Nada, Juan, desengáñate, no están los días para novedades teatrales, ni para novedades políticas, ni para novedades de ningún género.

Hoy por hoy no hay más novedad que el Gran Duque Alejo. El día que se marche tendremos que decir que estamos sin novedad.

Por eso el teatro de Tacon no ha ofrecido más que una ópera nueva, *Un ballo in máscara*, y Albiu, que tenía anunciado para el jueves la zarzuela *El molinero de Subiza*, se arrepintió á última hora y ¡cataplun! cerró los despachos de billetes, exclamando para su capote: Ea, hoy no hay función aquí ni ese es el camino!

Considera, pues, mi situación, si he de cumplir el compromiso, hablándote de cosas que valgan la pena; porque, acá para internos, *Un ballo in máscara* es una ópera que, en mi juicio, no vale la pena de ocuparse de ella.

Y eso sí, entretenidita lo es, porque hace que el espectador vaya dando saltitos de una en otra partitura, de este autor de aquí á otro de allá.

De sorpresa en sorpresa se camina por aquellas notas del maestro Verdi, y tan pronto se encuentra uno con uno melodía de *Lucia*, como con otra cosa que le recuerda á *Martha*.

De todas las óperas hay allí un poco, y me hace el efecto de la guayaba *atropellada* de Puerto-Príncipe, que la vá uno tragando, y cuando menos piensa, se le aparece un pedacito mejor que todo lo demás, y es porque aquello no es de la guayaba, sino un agregado.

¿Me entiendes?

Me gusta, sin embargo, el aria de barítono, y me gusta mucho más desde que se la he oído á Sparapani.

¡Qué pureza en la frase, amigo Juan! ¡qué sentimiento! ¡qué *bravura*! ¡qué verdad en todo! ¡qué buen artista es este joven cantante!

No han de pasar muchos años sin que su nombre corra por todos los teatros de Europa como una notabilidad. Ya verás como no exagero.

*Un ballo in máscara* se representó la primera noche á beneficio de este simpático artista, y el público premió su mérito con aplausos muy entusiastas, con coronas y con algunos regalos de alhajas.

Por deferencia á Sparapani, cantó Tamberlick el papel de Ricardo. Al gran tenor no le gusta esta ópera, y tiene razón. Sin embargo, estuvo á la altura de siempre.

Tú recordarás que en esta ópera hay un paje, muy bien vestido, muy jugueton, muy picaresco, que quizá es el personaje que más consigue llamar la atención del público; pues, chico, te diré con franqueza que á mí los pajecitos bonitos y elegantes me gustan, pero cuando no desafinan.

¿Qué quieres! soy tan escéntrico como todo eso.

El papel de *Amelia* tampoco dejó satisfechos á los señores.

¡Ay! Cuando el artista se esfuerza y el público lo conoce ¡malorum causam! el arte se escapa y la ilusión pide el pasaporte para el extranjero.

A medida que *Un ballo in máscara* se ha ido repitiendo, ha salido cada noche con mayor perfección en su conjunto, así es que la última vez agradó ya bastante.

Y ahora me encuentro de manos á boca con la cuestión palpitante: el gran duque Alejo.

Inesperadamente se presentó en el teatro después del b n-quete de Palacio y—¡Vaya si estaba buen mozo!—puso en conmoción á la parte femenina de la concurrencia.

Representábase *Crispino é la Comare*, con un agregado que no estaba en el programa.

Habo al fin voces, palmadas, un público que pedía cierta cosa, un director de orquesta que quería seguir adelante, una Daltí que permanecía en la escena sin saber qué hacer.

Bueno es que los Príncipes vean de todo, y este vió la otra noche cómo empiezan los alborotos. Pero en honor á la verdad, no siguió adelante, y no siguió, indudablemente, por respeto al ilustre viajero y al Capitán general, que con él estaba de gran uniforme.

La cuestión era que el público quería que la Daltí cantase la canción *Lola*, que pocas noches antes nos había hecho oír en el beneficio de Mari y que le valió muchos aplausos.

¿No estaban acaso los papeles en el teatro?

Cambiar una pieza por otra que no está anunciada, puede ofrecer sus dificultades; pero, sin embargo, cuando se puede complacer ¿para qué ir contra la corriente?

Adios, caro amigo, mi carta proxima será más entretenida porque tendré que darte cuenta de dos novedades de bulto: el beneficio de Tamberlick y la función en obsequio de S. A. Alejo.—Hasta entonces cierro el pico.

JUAN PARTICULAR.

## SARTENAZOS.

La verdad, señores, en cuanto tuve noticias de que el gabinete Sagasta había presentado su dimisión, me acicalé con esmero, me afeité la cara, dejándome unas patillas muy cucas, me puse unos calcetines que tengo, rayados de verde, y una corbata á cuadros encarnados y azules, y aguardé con impaciencia.

Me pareció que me habían de llamar para ser ministro, pues creo que soy el único español que no lo ha sido ya, y por lo tanto, estoy en turno.

Pero ni por esas, no llegó el aviso.

Por el último correo remitiré la fé de vida, que es el único documento que se necesita para optar á la plaza.

\*\*

Leo en un periódico que los radicales españoles celebraron un *meeting* el último viernes.

¡Un *meeting*!

No lo entiendo; porque siendo esos radicales tan españoles como el periódico que dá la noticia, celebrarían en todo caso una reunión.

Pero ¡ya caigo! Sin duda los radicales españoles hablarían el último viernes en inglés.

\*\*

## EPIGRAMAS.

—Mal ha predicado el cura  
[decían unas devotas];  
Yo les contesté:—¡Es verdad!  
hablaba á tontas y á locas.

Un escribano muy largo  
decía con risa amarga:  
—La locución que me carga  
es esa de *sin embargo*.

\*\*

En Guanabacoa ha producido fatales consecuencias la compañía de ópera.

Se han suicidado tres jóvenes y se han visto acometidos de hidrofobia cinco.

Todo por haber visto el coro de mujeres.

Si señor; no se puede remediar: hay mujeres que despiertan pasiones de tamaño colosal.

\*\*

Nuestro particular y querido amigo el Coronel Comandante de Caballería don Carlos González Gascon, ha sido nombrado teniente gobernador de Ságuia la Grande.

JUAN PALOMO le manda su fraternal enhorabuena al bizarro militar que tanto se ha distinguido en la actual campaña y al pueblo de Ságuia, que tendrá en él un cumplido y bondadoso gobernante.

\*\*

Para dar una idea del estado en que se hallan en Londres los refugiados franceses, baste decir que un oficial de ejército muy conocido está de portero, y una actriz muy aplaudida de vendedora de flores. Una historia parecida pueden contar los emigrados cubanos en Nueva York.

\*\*

Escena mil y una, imitando á la tan conocida de *D. Juan Tenorio*.

—¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor que en esta preciosa Antilla, si hay luna, el farol no brilla y se tropieza mejor? El aura que vaga llena de malisimos olores que producen, no las flores, sino el estiércol y arena; ese agua nada serena que nos echan sin temor sobre el gaban de castor á cualquier hora del día.... ¿no es verdad, oh policía! que están respirando amor? Ese bullicio que el viento recoge entre los millares de chicos, que con cantares y chillidos dan tormento; y ese atrevido jumento que se para á lo mejor en la acera, y sin rubor la riega con ambrosia.... ¿no es verdad, oh policía! que está respirando amor?

(No se continuará si no es preciso.)

\*\*

Toros de gran trapío, fúmosos diestros, moñas vistosas, banderillas de lujo y caballos, no sardinas, todo esto se pre para en la plaza de Belascoín para dar el miércoles próximo una corrida de toros en obsequio del Príncipe Alejo.

Con que á los toros, amigos, á los toros.

\*\*



Hemos sabido con profundo dolor la sensible pérdida que nuestro compañero y amigo D. Mariano Ramiro, acaba de experimentar con el fallecimiento de su querido tío D. Ramon Corrales y Mateos, que había ido á Cárdenas á recuperar su perdida salud. Nos asociamos á su justa pena y á la que sufrirán sus amantes hijos.

Tengo mucho gusto en copiar el siguiente párrafo de la carta que me ha escrito D. Antonio Guerrero, de Hato-Nuevo, al remitirme la solución al geroglífico del número anterior.

"Anteriormente, dice, sólo se conocían tres enemigos del alma, pero en la actualidad han cambiado las cosas y nos han traído uno más, que es el Sr. Díaz Quiñero, que sigue en su manía de querer vendernos como carneros, siendo este el peor de los cuatro.—¿Usted, que todo lo sabe, no podrá publicar la biografía de ese señor?"

Toque usted esos cinco, camarada; tiene usted razón en todo: vaya si puedo publicar la biografía de ese *peje*, y la publicaré con mucha sal y pimienta, en uno de los próximos números.

Ya verá usted qué gusto!

Dicen que el Príncipe Alejo, como oficial que es de la marina rusa, viene sujeto enteramente á las órdenes del Almirante que manda la escuadrilla, y no hubiera podido bajar á tierra si este no le dá el permiso.

Ahí tiene usted el papel del *Sábio Mentor* en el *Jóven Telemaco*, pero puesto en ruso.

Se lo voy á escribir á Eusebio Blasco, para que le cobre derechos al traductor.

El Sr. D. R. R., de Cienfuegos, ha remitido á JUAN PALOMO un enigma que tiene mucho *intrínquis*.

Oiga usted, señor R. R., mándeme usted la solución para que yo me entere y verá usted como en seguida publico el enigma.

¿Comprende usted?

Caballeros: el lápiz de *Don Junipero* les presenta á ustedes hoy unas cuantas muestras de casacas, por si alguno tiene que proveerse de esta prenda para asistir á los grandes bailes que han de verificarse estos días en la Habana.

Las hay de todas formas y gustos: no les queda á ustedes más que elegir.

#### SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Cuando miré el geroglífico me pareció en el momento muy débil mi entendimiento ante su enlace magnífico. Pero viéndolo con calma y con algún interés, ví que dice que son tres los enemigos del alma. Y así es, por San Antonio! pues está el mundo en primero, la carne en lugar tercero, y en el segundo el demonio.

J. T. ROMERO Y CORREA.

Lo han acertado también La Pata de Cabra.—Antonio Guerrero (Hato-Nuevo).—Un español neto, (ingenio San Francisco del Semillero).—Manuel Zagalés, B. D., y Uno.

Caballeros, seamos francos: como era muy fácil el geroglífico, se han despachado ustedes á su gusto, pero al otro nos veremos las caras.

Un amigo mío le está haciendo el amor por todo lo alto á una chica de la calle de la Amistad.

Todo el día se lo pasa parado en la esquina de enfrente.

—Anda con cuidado, le dije anoche, porque el Gran Duque Alejo es muy aficionado á la caza del oso, y si llega á verte..

JUAN PALOMO ha visto casualmente una série de paisajes cubanos pintados por D. Víctor C. Bermudez, y ha tenido el disgusto de saber que el artista tiene celebrado compromiso para remitirlos á Nueva York, sin darlos á conocer al público habanero. JUAN PALOMO aconseja al artista que se presente con sus obras al ilustrado público de esta capital, y espera que éste hará justicia á esas obras de arte.

Los Rothschilds de París tienen motivo para creer en el fatalismo. La familia posee en esa capital y en barrios diferentes, ciento cuarenta y cuatro casas, de las cuales ni una sola ha sufrido daño alguno, ni por las balas prusianas ni por el petróleo de los comunistas. Agradecidos á la suerte, han resuelto condonar el alquiler de 1870 á los inquilinos pobres. Es un modo ingenioso de regalar lo que no se tiene.

Entre los obsequios que se han tributado al Gran Duque Alejo, sabemos que el que más le ha conmovido es un discurso en *negro*, que le ha *espantado* el gacettillero de un periódico de esta capital.

Dicen que hasta ha llorado....! Qué bien maneja el *Lucumí* el ilustrado gacettillero! Y qué paciencia la de los lectores!

Dos individuos del nuevo Gabinete griego se llaman Nicolopoulos y Papanichalopoulos.

¡Qué efecto tan admirable debe causar en el tímpano de la Eva que se enamora del último, cuando le diga en el delirio de su pasión: "Yo te amo, Papanichalopoulos mío!" Y sobre todo, si se lo dice en ayunas.

Levantábase al alba un tío cazurro á pegarle palizas á su burro; el cual, no estando á malos modos hecho, á pocos meses enfermó del pecho.

Lector, entre las cosas importunas evita las palizas en ayunas.

El domingo último fué cruzado Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica el Excmo. Sr. D. José Diz Romero, Alcalde Mayor de uno de los juzgados de esta capital, y de Comendador de Carlos III el Sr. D. José Montoro, fiscal cesante de la Real Audiencia de Puerto Príncipe.

Padrino del primero fué el Excmo. Sr. D. Joaquín Pedroso, y del segundo el señor Diz Romero.

La ceremonia tuvo lugar en la morada del Excmo. Sr. Regente de la Audiencia, oficiando como ministro eclesiástico el señor Pereira, Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, y como ministro seglar el director de la *Gaceta*, Illmo. Sr. D. José Toribio de Arazoza, asistiendo una escogida y numerosa concurrencia de señoras y caballeros.

Concluido el acto, se sirvió un delicado refresco y á este siguió un pequeño baile que se prolongó hasta la hora del paseo.

JUAN PALOMO, aunque algo democratizado en sus ideas por la corriente del siglo, pasó dos horas deliciosas entre tan selecta reunión, y envía sus plácemes á los distinguidos personajes con cuya amistad se honra.

Oigan ustedes una noticia que es muy de actualidad.

Antes de embarcarse el Príncipe Alejo de Rusia en Falmouth para los Estados Unidos, recibió una carta firmada por un tal "Stewart" en la que este señor le rogaba que le hiciera la honra de hospedarse en su casa en Nueva York.

Si lo pienso antes, hago lo mismo que el amigo Stewart, le pongo al Príncipe una carta que hiciera llorar á las piedras pidiéndole que se alojase en mi casa.

Si me hubiera contestado, bueno y sino siempre me quedaba la satisfacción de estar á media correspondencia con un Príncipe: yo escribiéndole y él sin contestarme.

Es muy digna de aprecio *La Predicacion Escrita*, folleto de 16 elegantes páginas, que contiene el primero de la série de sermones predicados por el Pbro. D. Manuel de Torres y Féria, cura de la Iglesia de Jesus del Monte. Es lectura muy propia de Cuaresma, por lo que creemos que ha de hallar favorable acogida.

#### A UN AMIGO.

##### SONETO.

La noche acaba, y en señal impura de los misterios que su seno encierra, opaca sombra perlinaz nos cierra del rico firmamento la tersura.

Mas ya del sol despunta la luz pura, vertiendo paz y amor sobre la tierra, y con su rayo vívido destierra las nieblas que engendró la noche oscura.

La ENVIDIA torpe, con astuta maña en el silencio de la noche umbría, con nube impura tu honradez empaña...

Duerme tranquilo: si la ENVIDIA impía te acecha vil en su tremenda saña, el SOL DE LA VERDAD lucirá un día.

RAFAEL VILLA.

La escena pasa en un carrito urbano de la línea de Jesus del Monte, en el que van cuatro señoras y un individuo del género masculino.

El individuo fuma

—¡Jesus.... cuánto humo! dice una de las señoras.

—No importa, contesta el individuo, ¡yo estoy ya acostumbrado!

—¿Ha visto V. ya al Príncipe?

—Sí señor.

—Y qué tal? ¿es rubio ó trigueño?

—Hombre, la verdad, como yo no entiendo el idioma ruso no he podido enterarme.

No podemos decir hoy nada de la escursión á las obras de Vento, con que ha sido obsequiado S. A. I., ni en el número próximo podrán nuestros dibujantes reproducir algo de este suceso, porque, bien sea por olvido ó por descortesía, se ha exceptuado á JUAN PALOMO de la invitación.

Se sospecha que esta desatención pueda tener imitadores en cierto paseo campestre que está en proyecto.

Si es por economía, me alegro.

El último número de *La Revolucion* nos ha hecho feliz.—Primero, porque ya estamos todos indultados y podemos pasarnos á sus filas sin temor de ser fusilados.

Segundo, porque ya sabemos que el *Ejecutivo* de Manolito, hasta ahora ambulante sobre su silla de montar, ha encontrado *asiento* más estable en el tronco de una *guásima* carcomida ó algun otro sitio más ó ménos agujereado.

Y últimamente, porque la guerra que nos hace vá "á despojarse en adelante de sus horrores."

Sobre esto, véanse los comentarios que, en la carta inserta en otro lugar, hace tan donosamente nuestro festivo corresponsal *John Bull*.

Viendo cómo devoraba un amigo un plato de ternera en las *Tullerías*, le dije:

—¡Qué bien comes, chico!

—No lo extrañes, me repuso, como lo practico desde niño, cada vez lo hago mejor.

En una apreciable composición poética que publica un colega de la Isla, leo los nombres de los dos heroicos mártires del dos de Mayo escritos así: *Belarde y Davis*.

Lo siento. No será tal vez culpa del autor, pero debo advertir que las nobles víctimas españolas tienen derecho á que se las nombre en castellano.

Los nobles atenienses están de enhorabuena, porque la reina de Grecia, según el cable, ha dado á luz un niño.

El asunto es grave, tan grave que ha conmovido hasta las más íntimas fibras eléctricas de ese caballero anfibio, que ya no se contenta con correr por esos aires, como tendero de ropa blanca, sino que ha dado ahora en la manía de tenderse á la bartola en el misterioso lecho de todos los mares.

Afortunadamente que estas señoras no tienen maridos celosos, que sinó....

Y vamos, mientras don Cable Submarino se contenta con dar cuenta de las acciones más triviales de los soberanos y príncipes de la tierra, pase; pero el día que, democratizándose un poco, le dé la ocurrencia de participarnos todos los alumbramientos que tienen lugar en la tierra, tendrá que cerrar la puerta á todas las demás noticias, porque aún para estas solas se verá apuradillo.

Y entre tanto, la reina de Grecia habrá dicho al saber la charlatanería del cable, y llevándose las manos á la cara:

—¡Jesus, qué vergüenza! ya todo el mundo sabrá á estas horas que yo he....

No debían permitirse tales abusos en esas habladoras máquinas, que no respetan el pudor de régia estirpe.

#### ANUNCIOS.

Una pollita que sabe hablar el inglés y algo de *caló*, desea encontrar alguno que la entienda. Tiene quien la abone.... á cualquier teatro.

Se desea pescar un gallo inocente, que tenga una posesion. No se le matará nunca, aunque se le *desuelle* vivo.

Un viejo verde, cansado de correr á caza de gangas, desea establecerse con una jamona de antecedentes puros. El viejo no padece de gota, pero le gusta apurar las que se presentan.

*El Argos* publica en folletín una novela del condecorado escritor D. Pascual del Riesgo: se titula: *Los trópicos en Madrid*.

¡No es mal trópico el que están pasando los lectores de *El Argos*!

#### ADVERTENCIAS.

No habiéndose terminado aún la encuadernación del ALMANAQUE JUAN PALOMO se ve en la necesidad de demorar su reparto hasta el jueves próximo, día en que se servirá así á los suscritores de la Habana como del interior que hayan abonado anticipadamente su suscripción.

Esta pequeña tardanza, que no debe impacientar á nuestros queridos lectores, ha redundado en beneficio del ALMANAQUE, como podrán verlo por los variados y numerosos materiales que contiene el índice que publicamos en la última plana de este número. Libros de esta clase no se ansian por el santoral, que se compra á medio real en cualquier parte, sino por sus trabajos artísticos y literarios, que, siendo interesantes, son siempre de actualidad y se buscan con avidez.

Como las fiestas del Príncipe Alejo se han retrasado algo, no pueden publicarse hoy las cuatro planas de caricaturas que, dibujadas por nuestros amigos Landaluz y Cisneros, teníamos ofrecidas para este número.

Irán en el inmediato si, con tantas fiestas y peripecias, no ocurre algun descarrilamiento que inutilice el lápiz de nuestros dibujantes.

Este s que sería golpe.

¡Pero qué golpe!

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.



# Libro divertido, ameno y barato.

## PRECIO.

Habana: **50** centavos.

INDICE DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE, CON  
EL NOMBRE DE SUS AUTORES Y EL DELITO  
QUE HAN COMETIDO.

*Notas astronómicas*, por la Redacción.  
*Efemérides castellanas*, por José Moreno de Fuentes.  
*El jugo de la ciencia*, por Teodoro Guerrero.  
*Epigramas*, por M. Fernandez Ruano.  
*A. M. L.*, por J. Duran.  
*Epigramas*, por R. García y Santisteban.  
*¡Dar es!* por R. Sepúlveda.  
*Cuento*, por A. Alcalde Valladares.  
*Lágrimas*, por J. Duran.  
*A dos carrillos*, por F. Méridas.  
*Cantares*, por R. Cabañas.  
*Desengaño*, por el mismo.  
*Dime que sí*, por J. Duran.  
*Cancion*, por J. F. Vérges.  
*Epigramas*, por Marcelino de Moya.  
*A Camprodon*, por su drama *Flor de un día*, por M. Urbano Sanchez.  
*Recuerdo*, por J. F. Vérges.  
*Epigramas*, por A. Alcalde Valladares.  
*A Carolina Coronado*, por Juan de Ariza.  
*Epitafios*, por M. Urbano Sanchez.  
*Juicio del año*, por Mariano Ramiro.  
*Tres indicios*, por J. E. Hartzenbusch.  
*Un finamiento estrellado*, por Juan Cualquiera.  
*La máquina de coser*, por Arturo Cuyás Armengol.  
*Tipos de Madrid*, por Fernando Martínez Pedrosa.  
*Epigramas*, por K. Lendas.  
*Enero y diciembre*, por José Gonzalez de Tejada.  
*El teatro por dentro*, por P.  
*La calva y la peluca*, por M. Fernandez Ruano.  
*Artículo sustancial*, por Justo Salinero.  
*A Amalia Reiling*, por E. Hortsmann.  
*Moraleja: uno de tantos*, por J. Moreno de Fuentes.  
*La misión de la mujer*, por Emilio Castelar.  
*Un coburgo mútuo*, por Víctor P. de Landaluze.  
*Al Sr. D. Ramon de Campoamor*, por Manuel del Palacio.  
*Epigramas*, por John Bull.



ILUSTRADO CON CARICATURAS

DE

## Landaluze y Ortego.

### ADVERTENCIAS.

Este *Almanaque* se reparte *grátis* á todos los que, habiendo sido suscritores hasta 31 de Diciembre de 1871, hayan renovado su abono por tres, seis ó doce meses del presente año.

Las personas que se suscriban nuevamente, siempre que lo hagan lo ménos por *seis meses*, á partir desde Enero próximo pasado, también tendrán derecho á él, así como á las primas ofrecidas á fin de cada trimestre, si anticiparen el importe de un año, además de los dos regalos anteriores, recibirán el primer tomo de la *Floresta Hispano-Americana* (primorosa coleccion de dibujos), correspondiente á 1869.

A los *no* suscritores costará este *Almanaque* 50 centavos en la Habana, 60 idem en el interior y Puerto Rico, y 75 en el extranjero.

Consta de un tomo de unas 125 páginas en cuarto, á dos columnas, edicion elegante, con artículos, versos, epigramas, biografías, novelas, cuentos y despropósitos, etc., todo guisado y condimentado por los redactores, corresponsales y colaboradores de JUAN PALOMO.

Hállase de venta en las principales librerías de la Habana y agencias de JUAN PALOMO en el interior de la Isla.

Los pedidos pueden dirigirse con su importe en sellos al Administrador de JUAN PALOMO, O'Reilly, número 54.

## PRECIO.

Interior: **60** centavos.

*Un sombrero, una capa y varias equivocaciones*, por Arturo Cuyás Armengol.  
*Epístola de un soldado*, por V. Bas y Cortés.  
*La mala ventura*, por R. Espinosa de los Monteros.

*Mis amores*, por José E. Triay.  
*Un boceto de novela*, por Teodoro Guerrero.  
*Los vacatecas*, por F. J. Ruiz y Perales.  
*Tren de recreo*, por R. García y Santisteban.  
*Prevision*, por J. Moreno de Fuentes.  
*Una novela*, por José Muñoz y García.  
*Soneto*, por Pedro M. Barrera.

*La Habana que se vá: El caletero*, por José E. Triay.  
*Un cesante*, por Sebastian de Mobellan y Casa-fiel.

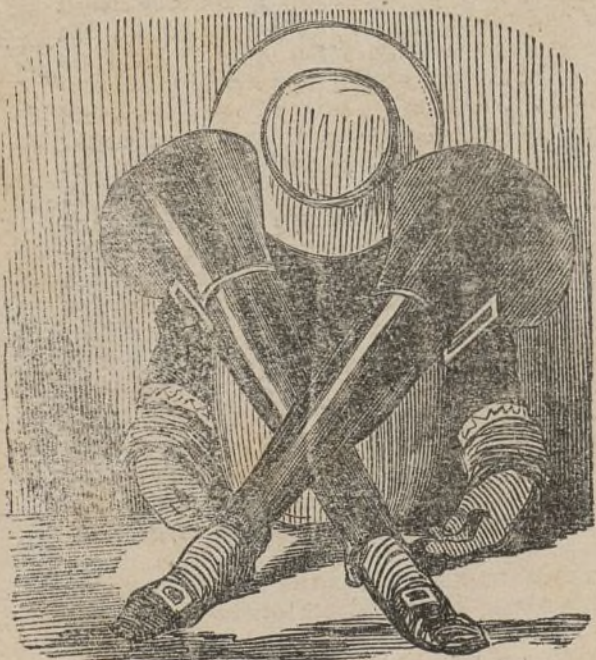
*A un ángel de doce años*, por M. Eulate.  
*Lo que pueden las madres*, por José Perez Moris.

*Llorar por celos*, por A. E. de Zafra.  
*El alma del poeta*, por Jesus Hermosa.  
*A mal dar, tomar tabaco*, por Juan Centellas.  
*Un sueño*, por Enrique José de Varona.  
*Una casa de huéspedes en el día*, por Manuel Fernandez Ruano.

*Tenia razon*, por Rafael Villa.  
*Las literatas*, por Rosalia Castro de Murguía.  
*Dolora*, por R. de Campoamor.  
*Aguinaldos*, por E. Perez Echevarría.  
*La verdad desnuda*, por Eusebio Blasco.  
*La Habana que queda: Los negros catedráticos*, por José E. Triay.

*El sueño del gato*, por Juan Perez.  
*A Cuba*, por Gabriel Roman.  
*Soneto*, por Matilde Troncoso.  
*Epigrama*, por Rafael Villa.  
*Cantares*, por Rafael de Medina.  
*Vende más el que más anuncia.*  
*Anuncios.*

Además, contiene el *Almanaque* porcion de sueltos, anécdotas, cuentos, epigramas, chistes, pensamientos, esto, lo otro y lo de más allá: en fin, es cosa que merece la pena de leerlo.



La Habana que se vá.



La Habana que queda.



A mal dar, tomar tabaco.